

A L. G. D. G. A. D. U.



Logia: silencio, palabra y luz

MUY RESPETABLE MAESTRO,
VENERABLES MAESTROS Y MAESTRAS:

Hace pocas semanas he vuelto a presenciarlo y quien hoy preside esta Cámara del Medio estaba allí, sentado en Oriente como hermano visitante, y lo vio también.

El V. M. de la Logia, recién instalado como estaba, concedió la palabra a un H. Aprendiz para que leyese entre Columnas una Plancha simbólica sobre la Plomada. Así se hizo. Debo decir que la Plancha era verdaderamente notable.

Y a continuación, el V. M., de acuerdo con el 2º Vg., indicó a éste que diese la palabra a las Columnas para que, como dijo exactamente, “compañeros y maestros *enriqueciesen*” el trabajo del Q. H. Aprendiz con sus conocimientos y reflexiones sobre la materia. Insisto en esto: *en-*

riqueciesen, no debatiesen o criticasen la Plancha. Estábamos ante el trabajo de un Aprendiz.

Casi todos los compañeros y maestros participamos en aquella sucesión de intervenciones que, a mi modo de ver, pronto se volvió inequívocamente “ateniense”. Todos habíamos leído, escrito o al menos reflexionado sobre la Plomada y su simbolismo en el Primer Grado. Todos podíamos añadir algo que, desde nuestra experiencia, enriqueciese lo que acabábamos de oír. Y así lo hicimos. Es verdad que se produjo alguna controversia, cómo no; pero eran los maestros quienes, con exquisita prudencia, debatían entre sí y acerca de lo que ellos mismos habían expuesto, nunca sobre las ideas expuestas por el Aprendiz.

Ya en mis primeros viajes como Compañero advertí que hay Logias en las cuales las Planchas de los Aprendices no se comentan, como ha sucedido hasta hace poco en la nuestra; y otras en las que sí. Éstas, por lo que yo sé, son más numerosas, lo cual no significa nada ni vale como argumento: es tan sólo un hecho. Todos sabemos que cada Logia es soberana y que se rige, en el marco general de los Reglamentos obedienciales, según sus propios usos y costumbres. Y se supone que ahí se acaba la discusión.

Pero es que la discusión, al menos en lo que a mí concierne, no se acaba ahí. Nunca entendí por qué en algunas Logias se somete a los Aprendices no ya a su propio silencio iniciático, sino al silencio *de los demás*. ¿Es una prescripción reglamentaria cuya observancia hemos jurado en el día de nuestra Iniciación o en cualquier otro? No lo es. El Q.·. H.·. Orador no me dejará mentir: en ninguna parte de nuestros Reglamentos Generales se dice o se impone que las Planchas de los Aprendices no deban ser comentadas por quienes tienen, en Logia, derecho a la palabra. En ninguna parte. Estamos, pues, ante un uso consuetudinario, ante una costumbre seguramente muy vieja, pero que en unos Talleres se guarda y en otros no. Estamos, por decirlo de una vez, ante una *tradición*, término muy justamente venerado entre los masones, porque todos sabemos que, sin las tradiciones, la Masonería sería imposible. Pero también sabemos que no se hizo el hombre para la ley, sino la ley para el hombre. Algo que unos hermanos decidieron hace muchos años puede ser modificado por otros, si así lo consideran conveniente. Y no olvidemos que, como bro-

meaba Bertrand Russell, “a veces llamamos tradición nada más que a un error que ha envejecido”.

M.·. R.·. M.·., **VV.·. MM.·.**: no entiendo por qué las Planchas de los Aprendices no se comentan en Logia. No lo he entendido nunca. Creo que una cosa es el silencio *del* Aprendiz, sobre cuya contrastada necesidad y cuyas bondades no me extenderé porque bastantes Planchas hemos escrito todos sobre ello, y otra muy distinta el que yo llamaría silencio *sobre* el Aprendiz.

Los hermanos Aprendices trazan las Planchas que se les sugieren o que ellos mismos proponen a su segundo vigilante. Su grado de impregnación masónico es aún reducido; por eso es el segundo vigilante, y no ellos, el responsable de su trabajo. Pero todos recordamos cómo, con qué esmero trazan sus Planchas los Aprendices, porque nosotros mismos lo hemos sido hace bien poco... y, en el fondo de nuestro corazón, lo seguimos siendo. Todos sabemos, por esa misma razón, que quien más aprende de una Plancha no es quien la escucha sino quien la elabora. El Aprendizaje suele ser la época de más entusiasmo y de más esfuerzo en la vida de un masón. También lo sabemos todos.

Pero es un esfuerzo, por más intenso que sea, aún en estado bruto, germinal y sobre todo *perfectible*. Un esfuerzo cuyos frutos se pueden enriquecer (que no criticar, debatir o echar por tierra) y, a mi juicio, se *deben* enriquecer por aquellos que están en condiciones de hacerlo. No diré que en todos los casos: es costumbre que las Planchas de impresiones de Iniciación no se comenten, con el argumento de que “salen del corazón” y ahí no debe meterse nadie. No termino de entenderlo bien, porque en realidad todas las Planchas salen del mismo sitio y tengo por cierto que unas frases de aliento, pronunciadas por el Orador, serían recibidas por el recién iniciado como un regalo muy valioso. También he visto eso varias veces. Pero no quiero meterme ahí, sino en lo que sucede con *todas las demás Planchas* que un Aprendiz traza en su vida.

Cien veces se me ha caído el alma a los pies al escuchar aquí Planchas extraordinariamente brillantes, laboriosísimamente trabajadas, que ofrecían unas posibilidades de enriquecimiento asombrosas. Y nos hemos callado. No sé por qué, no lo entiendo. Cien veces hemos oído al **V.·. M.·.**, a este y a los anteriores, lamentar que tal o cual Plancha no se *pudiese*

comentar, con el juego que daría y lo útil que su comentario resultaría para todos. Pero... ¿por qué no se puede? ¿No estamos aquí para aprender unos de otros? ¿Qué daño puede hacerle a un Aprendiz que su trabajo sea *enriquecido* con las aportaciones de quienes tienen más experiencia y más vida masónica a cuestas? ¿Qué mal puede causarle que se le ayude? ¿Y qué perjuicio pueden padecer los demás, todos los demás que escuchan? Yo creo que ninguno.

Por el contrario: he comprobado incontables veces hasta qué punto un enriquecimiento atinado de su esfuerzo estimula y fortalece en el Aprendiz sus ganas de trabajar, su afán por hacerlo mejor, su espíritu masónico. Incontables veces. De hecho, todas aquellas en las que he podido asistir a esos comentarios y desde luego he participado en ellos, porque considero un deber fraternal ayudar, con mis pobres luces, a que mis hermanos sean mejores y trabajen con más felicidad.

He buscado argumentos en contra. He hallado, básicamente, dos.

El primero es que hay que “respetar el trabajo de los Aprendices”. Estoy completamente de acuerdo. Y no se me ocurre mejor muestra de respeto, de aprecio y aun de aliento que *enriquecer* –no me canso de repetir ese término, y sólo ese– su trabajo.

El segundo es el del peligro: es muy fácil que lo que empieza con un enriquecimiento se transforme en un debate, en una controversia e incluso en una crítica. Y todos sabemos que a los Aprendices no se les zahiere sino que se les protege. Muy bien. Vuelvo a estar completamente de acuerdo, eso puede suceder. Pero para esos casos tenemos en Logia un utilísimo objeto que se llama mallete y que, en manos del V.. M.., debe servir para mantener el diálogo en los márgenes que deben contenerlo, que son amplios pero limitados. Si lo hemos sentado en el Sitial de Salomón, será porque sabe hacer eso. Así que tampoco veo que el argumento del peligro sea lo que se dice demasiado sólido.

En estas últimas semanas hemos visto cómo el V.. M.. de Arte Real ha puesto la palabra a disposición de las Columnas a la hora de debatir el tema del curso. Creo honestamente que todos hemos visto hasta qué punto esa medida ha sido acertada, porque las intervenciones a propósito de las Planchas, incluidas desde luego las de los Aprendices, están siendo de muy estimable altura.

Mi propuesta es muy sencilla: me gustaría que esa decisión se ampliase a *todas* las Planchas, no sólo a las del apasionante tema común que se nos ha encomendado en el presente curso. Me gustaría que se estableciese formalmente, mediante decisión tomada en la cámara que corresponde –y que, en mi opinión, es esta–, que en nuestra R. . L. . se *enriquezcan* las Planchas de los Aprendices con las aportaciones de Compañeros y Maestros. Porque creo que es no sólo nuestra potestad, que podemos usar o no; sino, moralmente, nuestro deber como masones. Porque creo con toda sinceridad que la *demostrada* utilidad que ese enriquecimiento puede suponer para todos y cada uno de nosotros, incluidos en primer lugar los propios Aprendices, es, objetivamente, muchísimo mayor que los *posibles* peligros que pudiesen sobrevenir por ello. Os propongo, pues, no destruir una tradición sino sustituirla por otra que ya existe en muchas logias y que, a mi juicio, es mucho más provechosa.

Creo que, en Logia, la Luz que pedimos y buscamos procede, entre otras cosas, de la interacción, del sabio equilibrio entre dos herramientas valiosísimas: el silencio y la palabra. Os propongo, pues, que busquemos la manera de mejorar ese equilibrio para hallar más Luz.

Y si alguno de vosotros, VV. . MM. . piensa de manera distinta, pues... hablemos. Estamos aquí para aprender.

M. . R. . M. . ,

He dicho.

Al Oriente de Madrid, 22º día del XI mes del 6011 (v. . L. .)

